Ser hombre en el refranero y el cancionero popular

Anna M. Fernández Poncela

"La visión dominante de la división sexual se expresa en discursos como los refranes, proverbios, enigmas, cantos, poemas o en representaciones gráficas como las decoraciones murales, los adornos de la cerámica o de los tejidos".[1]

Los hombres también sufren, nada más hay que leer los periódicos y comparar el número de suicidios de hombres y mujeres en la Ciudad de México y los porqués de dichas muertes.[2] Mantenemos la importancia de la discriminación social que pesa todavía hoy, y de forma notable, sobre las mujeres, pero no hemos de olvidar por ello que no es siempre fácil ser hombre, entendido esto según el tipo ideal o modelo hegemónico de masculinidad que permea nuestra cultura occidental, a pesar de sus privilegios respecto a la población femenina en dicho modelo.

Mi trabajo sobre las relaciones de género en la cultura popular, principalmente la literatura oral tradicional, el folklore y la canción popular, me ha permitido ampliar y profundizar en torno al discurso y los mensajes sexistas que ésta entraña, la configuración, mantenimiento y reproducción de las relaciones discriminatorias entre los sexos, y de paso revisar el deber ser de hombres y mujeres que también contiene.

Partimos de la consideración de que las imágenes y papeles sociales reflejados en la cultura popular, aunque a veces son engañosos, otras contienen verdades profundas.[3]

Voy a enumerar y describir seguidamente, y de forma escueta, algunas creencias y características sobre los modelos de ser hombre que se encuentran recogidos en los refranes de España y otros países de América Latina de habla hispana, y en el cancionero popular mexicano —aquí utilizaré únicamente corridos y rancheras por razones de tiempo y espacio—. Se trata de una breve y rápida aproximación y selección de dicho material que, como todo texto literario, puede esclarecer la lógica del contexto o la realidad social y cultural en la cual se inscribe.

La sociedad está en constante movimiento y cambio, y con ella los modelos culturales, los roles y estereotipos sociales y sexuales varían.[4] Pese a todo, hay ciertos ítems que se reproducen con mayor o menor intensidad sobre lo que es ser hombre en nuestra sociedad, y sobre la imagen y utilización que las mujeres tienen de ello, y a la vez la autoimagen de los propios hombres sobre sí mismos. Especialmente en el campo de la oralidad tradicional en donde valores, creencias y costumbres se reproducen con gran persistencia más allá del contexto histórico concreto en el cual fueron originadas, y a pesar de que ya no respondan a la realidad del momento en el cual se verbalizan. Dejando estas advertencias pasaremos a descifrar los mensajes sobre la masculinidad dominante o hegemónica,[5] en primer lugar en el refranero y después en corridos y rancheras, fuentes que en su mayoría están entretejidas con mensajes machistas.

El hombre proveedor del refranero

"Para ser un hombre [...], uno debe preñar a la mujer, proteger a los que dependen de él y mantener a los familiares [...]. El varón preñador-protector-proveedor", dice Gilmore.[6] Examinando el refranero destaca el papel del hombre proveedor, especialmente en lo que respecta al

♦♦♦

tratamiento del marido. Se muestra así a la esposa las obligaciones del esposo, y de paso se las recuerdan a éste por si fuera olvidadizo.

La identidad de género es una función de la interacción entre la autoidentificación propia y la identificación por parte de los otros, en este caso es la voz de la cultura hegemónica a través de las mujeres la que se deja oír.

- Al marido que no da, y el cuchillo que no corta, que se pierda poco importa. (México)
- El casado no ha de volver a casa con las manos vacías. (España)
- Dios me dé marido rico, y mejor si es borrico. (España)

Se advierte también de los espacios de cada sexo y de cómo los hombres no deben ocupar los roles de las mujeres, por ejemplo en la cocina. Ni desarrollar las actitudes consideradas femeninas, como el llanto. Ni mucho menos perder una cualidad suprema de su virilidad, el valor, así como la seguridad de opinión y de comportarse como verdaderos hombres.

- El hombre en la plaza y la mujer en la casa. (España)
- Los hombres en la cocina hieden a *rol'e* gallina. (Colombia)
- Los hombres machos no lloran. (República Dominicana)
- Caracoles y hombres de pocos arrestos, mueren donde nacieron. (España)
- Con los hombres que no son, poca conversación. (España)

E incluso, algunos señalan cómo hay que tratar al marido con toda la ambivalencia y el humor característico de la cultura popular, porque del amor al miedo hay un solo paso.

- Al marido, temerle, quererle y obedecerle. (España)
- Sírvele como a marido y guárdate de él como enemigo. (España)
- Cuando del pie, cuando de la oreja, a mi marido no le falta queja. (España)

Finalmente, los hombres según la imagen compartida por las mujeres en el refranero popular, realmente no valen mucho, pueden ser comparados despectivamente con frutas en mal estado, directamente tachados de malos, y asimilados a las propias mujeres, sexo del cual el refranero hace escarnio constante y de manera contundente.[7]

- Cambié de lado, pero no de potro; si malo era el uno, peor es el otro. (España)
- Como los melones son los hombres: algunos, buenos melones; muchos, apepinados, y los más, pepinos amelonados. (España)
- Hombres de muchos pareceres, más que hombres son mujeres. (España)

No es fácil ser hombre, siguiendo nuevamente a Gilmore, la masculinidad es "la forma aceptada de ser un varón adulto en una sociedad concreta", pero es algo "incierto y precario, un premio que se ha de ganar o conquistar con esfuerzo", y hay una "imagen exclusiva de la masculinidad mediante aprobaciones culturales, ritos o pruebas de aptitudes y resistencia".[8]

Se trata de un ideal impuesto por la cultura, una representación colectiva, al cual los individuos deben amoldarse. Y es que "las sociedades tienen ideas consensuales —imágenes guía o admonitorias— sobre la masculinidad y la feminidad convencionales, según las cuales los individuos son juzgados miembros dignos de uno y otro sexo y, de forma más general, evaluados como actores morales. Tales condiciones ideales, y las imágenes o modelos asociados a ellas, a menudo se convierten en anclas psíquicas o identidades psicológicas en las que la mayor parte de los individuos basa su percepción de sí mismo y su amor propio".[9]

Los hombres han de demostrar que lo son, mientras las mujeres no; ser hombre "implica un trabajo, un esfuerzo", debe "pagarse caro", y al hombre, como veremos a continuación, "se le exigen pruebas de virilidad".[10]

El macho en el corrido y la ranchera

La canción popular —y para el caso que nos ocupa, el corrido y la ranchera— también propone un prototipo de hombre, que mucho tiene que ver con el modelo que difunde el cine de la época dorada, cuando se diseña y borda el ser nacional mexicano por excelencia.[11]

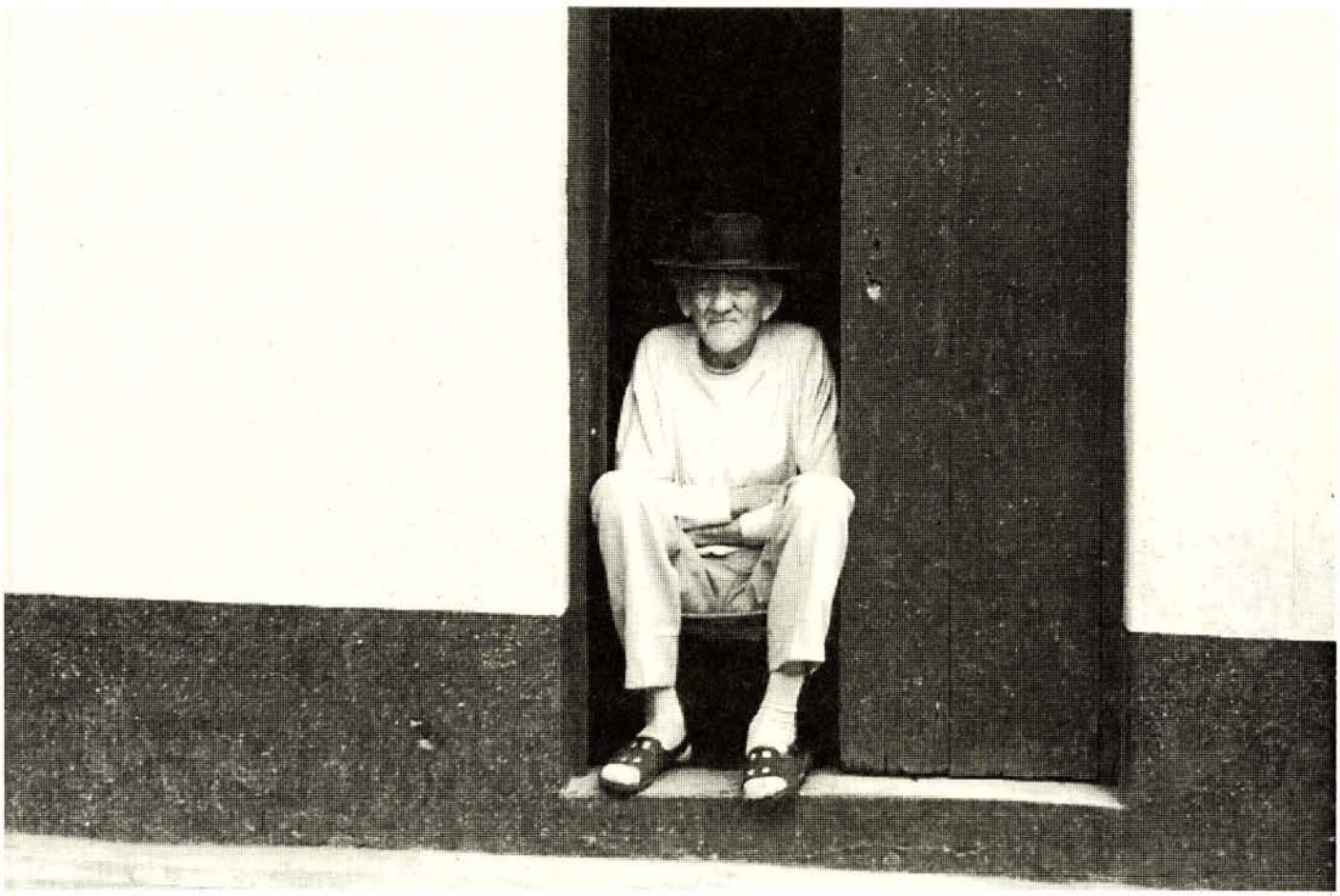
La imagen del hombre en el corrido se caracteriza por tener varias mujeres a la vez, signo de virilidad y hombría masculina.

El cuervo con tanta pluma
no se puede mantener,
yo que ni guaraches traigo
tengo querida y mujer. (*El cuervo*)

La valentía, la nobleza y la honradez son cualidades que se remarcan en estas canciones como eminentemente pertenecientes a la población masculina. Los hombres son buenos por naturaleza.

Soy valiente como el oso
y de noble corazón. (*Eres alta y delgadita*)

Pero también aparece la figura del honor y la venganza que justifica la muerte de la esposa o mujer infiel a



manos del marido o amante engañado. Y es que en este tipo de canciones, como en otras, la mujer también es mala por naturaleza. Se reproduce el esquema de los antiguos romances españoles y mexicanos, la infidelidad de la mujer se paga con la muerte, que a su vez arrastra la desgracia para el hombre. Pero a veces, el asesinato de la mujer a manos del hombre, únicamente responde a una simple negativa, a una proposición desdeñada que es tomada como supremo desaire por parte de éste.

Martín le escribe una carta,
Juanita la recibió
y delante del correo
Juanita dijo que no.

Apenas Martín lo supo,
luego ensilló su caballo
y cargando su pistola
se fue derechito al baño.

Apenas había empezado
a lavarse la cabeza,
allí le dio cinco tiros
al salirse de la presa...
Muchachas, cuando las pidan
no se vayan a negar;
porque a Juanita Alvarado
la vida le va a costar. (*Juanita Alvarado*)

La diferencia con los romances es que en vez de arma blanca se usa pistola y son siempre varios los tiros que se emplean, como para descargar la ira y sepultar el supuesto desprecio recibido. Además, el hecho de que muchas veces se trate de un simple desdén de una muchacha, con la cual no hay ni compromiso, o que ésta simplemente baile con otro hombre, aumenta el grado de intolerancia y represión ejercida hacia y sobre las mujeres. Los hombres son propietarios de cualquier mujer cuando, donde y como ellos decidan.

Decía su comadre Antonia:
—Chabela, no andes bailando,
que ahí anda Jesús Cadenas
que nomás te anda tantiando.

Ahí le contestó Chabela,
soltando *juerte* risada,
—No tenga miedo, comadre,
yo conozco mi güeyada...
Pero ese Jesús Cadenas,

como era hombre de sus brazos,
echó mano a su pistola
para darle de balazos...

Decía la güera Chabela,
cuando se estaba muriendo:
—Pongan cuidado, muchachas,
miren cómo van viviendo.
(*La güera Chabela* o *Jesús Cadenas*)

En las rancheras se repite, además, el sentimiento de venganza o de estar parejos, de hacer padecer a la mujer que ha hecho sufrir a uno, al no corresponder a su amor puro y sincero, y de desearle los peores males del mundo.

Andarás por veredas ajenas
y tendrás mucho más que conmigo,
pero el mundo está lleno de penas,
y esas penas serán tu castigo.
(*Amor con amor se paga*)

Quiera Dios que a ti te paguen
con una traición igual,
para cuando te emborraches
tú sepas lo que es llorar.
(*Cada vez que me emborracho*)

Qué bonita es la venganza
cuando Dios nos la concede;
ya sabía que en la revancha
te tenía que hacer perder,
ahí te dejo mi desprecio
yo que tanto te adoraba
pa'que veas cuál es el precio
de las leyes del querer. (*Cuando el destino*)

Volviendo al corrido, no sentir temor por la muerte, amar a su patria, ser muy machos y muy mexicanos, son tal vez las características que más se repiten con relación a la figura o arquetipo de ser hombre.

Soy puro mexicano
y me he echado el compromiso
con la tierra en que nací,
de ser muy macho entre los machos
y por eso muy ufano
yo le canto a mi país.

Es mi gloria haber nacido
bajo un sol que se ha encendido
con la llama del valor;
y me gusta ver la muerte,
echar ronda con mi suerte,
con la vida y con mi amor. (*Soy puro mexicano*)

Según Monsiváis, "únicamente el exceso de bravata física redimirá del pecado original de la pobreza", y según Bartra, "a los mexicanos sumergidos en la amargura la cultura nacional les propone el único gesto heroico posible: morir fácilmente como sólo los miserables saben hacerlo".[12]

Pero la profusión de violencia y el desprecio por la muerte entre los hombres está presente también en la canción ranchera, junto a la fusión entre el orgullo supremo de ser hombre, muy macho y muy mexicano. Y es que como dice Gilmore, el hombre ha de probar su virilidad constantemente, ha de demostrarlo en cada paso de su vida, siempre y en todo momento.

Yo soy mexicano
y a orgullo lo tengo,
nací depreciando la vida y la muerte,
y si echo bravatas... también las sostengo.

Mi orgullo es ser charro
valiente y *bragao*,
traer mi sombrero con plata *bordao*
que nadie me diga que soy un *rajao*.
(*Yo soy mexicano*)

La pistola, el sombrero, el caballo, el traje de charro, son simbología del hombre macho, utensilios que se juntan con el coraje, la valentía, el alcohol y la muerte, en una amalgama de machismo sin par.

¡Ay, Jalisco, Jalisco, Jalisco!,
tus hombres son machos y son cumplidores,
valientes, ariscos y sostenedores,
no admiten rivales en cosa de amores.

Su orgullo es su traje de charro,
traer su pistola, pasear en el pinto,
y con su guitarra echar mucho tipo,
y a los que presumen quitarles el hipo.
(*¡Ay, Jalisco, no te rajes!*)

Nuevamente siguiendo a Monsiváis: "En tanto valor cultural, el machismo es advertido en primera instancia como un rasgo definitivo y definitorio de lo mexicano, patetismo imprescindible para apreciar y compadecer a la nacionalidad".[13]

Pero si se habla de una invención del carácter del ser mexicano y también del deber ser de las mujeres,[14] puede deducirse que el ser hombre, o la configuración de los atributos y cualidades consideradas masculinas en nuestra cultura, son también una construcción social que la cultura popular, como reproductora del orden social establecido y modelo hegemónico cultural vigente, crea, recrea, mantiene y perpetúa a la perfección.

Anotaciones finales

Considero que las personas interesadas o especializadas en las relaciones de género tienen en primer lugar que tender hacia estudios comparativos entre hombres y mujeres, un recorte sexual centrado en las segundas o en los primeros en ocasiones se queda corto y es poco explicativo. En segundo lugar, superar el discurso de subordinación y victimista en aras de uno sobre los y las actoras sociales activas y cambiantes. Y en tercer lugar añadiría, que tenemos una deuda con los hombres, en el sentido de comprender y develar las problemáticas de las relaciones de género no en función de oposiciones binarias[15] —buenas y malos o a la inversa—, sino de la construcción social y sexual del modelo hegemónico cultural que en su discurso teórico y sus prácticas cotidianas arrastra también en su torbellino a los hombres. Y es que los sexos están hechos para entenderse, no para la reproducción como sostienen las teorías sociobiológicas y cierto diferencialismo feminista.

Ser hombre significa deberes, demostraciones y pruebas, es un gran esfuerzo que implica también dolor al no lograrlo.[16] Y no se nace hombre, se llega a serlo, parafraseando a Simone de Beauvoir. La masculinidad se construye, aprende y reproduce, pero varía según la etnia, la época, la clase social, la edad y, por supuesto y afortunadamente, está sujeta a una continua transformación.

El machismo es una manipulación, un autoengaño, una base de control, que no sólo colabora en la subordinación de las mujeres, sino en la sujeción de los mismos hombres que deben seguir modelos, que no siempre, o quizá casi siempre, no congenian psicológicamente con uno mismo, o que al no seguirlos equivale a señalamiento, coerción social y posiblemente castigo, incluso por parte de las propias mujeres. "La masculinidad, más que una esencia, es una ideología que tiende a justificar la dominación masculina."[17]

Actualmente, en varios países se han detectado problemas psicológicos, inseguridades y malestar entre algunos sectores de hombres. La aguda crítica feminista, las contradicciones entre una educación tradicional recibida desde el dominio masculino —que permea la literatura oral tradicional como hemos visto en estas páginas—, y los nuevos mensajes sociales dispersos sobre igualdad entre los sexos, trastocan su identidad como hombres, desembocan en trastornos al entrechocar sus cualidades masculinas y femeninas, sin tener clara, como antaño, la elección, ni conseguir tampoco su equilibrio y la reconciliación con uno mismo dentro de la dinámica sociocultural que parece esbozarse en el porvenir.

Y una última reflexión: la cultura popular o buena parte de ella —como refranes, canciones, cuentos y leyendas— está recargada de mensajes machistas que demuestran una gran crueldad hacia las mujeres, pero como se ha demostrado en este texto, los hombres no se escapan del duro dictado del discurso de la cultura hegemónica, y ésta les muestra un modelo difícil de seguir.

Se hace por ello necesario dar una lucha conjunta entre mujeres y hombres, aunar esfuerzos y desbancar viejos discursos que humillan y subordinan a la mujer, como aquellos que estereotipan y subrayan un modelo de masculinidad único y negativo. ♦

Notas

[1] Bourdieu, Pierre. "La dominación masculina", en *La Ventana*, número 3, Universidad de Guadalajara, p. 15, México, 1996.

[2] Fernández Poncela, Anna M. "La violencia contra los hombres o el suicidio masculino", en *El Nacional*, 19 de agosto de 1996, p. 11.

[3] Brandes, Stanley. *Metáforas de la masculinidad*. Taurus, Madrid, 1991.

[4] Véase: Gutmann, Matthew C. "Los hombres cambiantes, los machos impenitentes y las relaciones de género en México en los noventa", en *Estudios Sociológicos*, volumen XI, número 33, México, 1993; o también: Safa, Helen. *The myth of the male as breadwinner*. Westview Press, Colorado, 1994; Fernández Poncela, Anna M. *Mujeres, revolución y cambio cultural*. Anthropos/UAM, Barcelona, 2000.

[5] Deberíamos no obstante emplear "ser hombre", ya que masculino como femenino son atribuciones que tanto hombres como mujeres pueden tener de manera indistinta, pues se trata de rasgos de pensamiento y comportamiento asignados, en principio, arbitrariamente a cada sexo, y confusamente autopercibidos como naturales, pero en realidad, y según parece, son culturalmente aprendidos.

[6] Gilmore, David D. *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Paidos, p. 217, Barcelona, 1994.

[7] Véase Fernández Poncela, Anna M. *Charlatanas, mentirosas, malvadas y peligrosas. Proveedores, maltratadores, machos y cornudos. Estereotipos y roles de género en el refranero popular* (libro en prensa), 2000a.

[8] Gilmore, David D. *Op. cit.*, p. 15.

[9] Gilmore, David D. *Op. cit.*, pp. 21-22.

[10] Badinter, Elizabeth *XY, la identidad masculina*. Norma, p.16, Santa Fe de Bogotá, 1993.

[11] Fernández Poncela, Anna M. *"Pero vas a estar muy triste y así te vas a quedar". Mensajes misóginos de la canción popular mexicana* (libro en prensa), 2000b.

[12] Monsiváis, Carlos. *Amor perdido*. Era, p. 31, México, 1994; Bartra, Roger. *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*. Grijalbo, p. 93, México, 1987.

[13] Monsiváis, Carlos. *Op. cit.*, p.32.

[14] Monsiváis, *Op. cit.*; Bartra, *Op. Cit.*; Fernández 2000a, 2000b, *Op. cit.*

[15] Sau, Victoria. *Ser mujer. El fin de una imagen tradicional*. Icaria, Barcelona, 1986.

[16] Bourdieu, Pierre. *Op. cit.*

[17] Badinter, Elizabeth. *Op. cit.*, p.51.